

SANTIAGO NIÑO-BECERRA

DIARIO DEL CRASH

Un documento tan excepcional
como la época que refleja



SANTIAGO NIÑO-BECERRA

Diario del crash

Sin fronteras

los libros del lince

Diseño de colección y cubierta: Diseño Gráfico Barcelona
Fotografía de contraportada: © Caterina Barjau
Fotocomposición: gama, sl
Conversión a libro digital: gama, sl

Primera edición: septiembre de 2013
Selección de artículos: Manel Manchón
Agradecemos a www.lacartadelabolsa.com
la autorización para reproducir los artículos
incluidos en esta antología.

© Santiago Niño-Becerra, 2013
Coordinación editorial: Lorena Bou L.
© Los libros del lince, s. l., 2013
Gran Via de les Corts Catalanes, 702, pral. 1.ª
08008 Barcelona
www.loslibrosdellince.com
info@loslibrosdellince.com

ISBN digital: 978-84-15070-35-1
IBIC: KCX

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y ss. del Código Penal).

NOTA EDITORIAL

Desde 2005, sin fallar ni un solo día, y durante más de ocho años, Santiago Niño-Becerra ha ido publicando cinco artículos semanales en la web lacartadelabolsa.com. Hasta el momento de cerrar la edición de este libro para preparar su impresión (finales de junio de 2013), son más de 2.600 textos que constituyen un monumental diario que refleja la extraordinaria y dramática época económica y social que nos ha tocado vivir. Este libro recoge solamente una mínima parte de ese trabajo cotidiano de observación crítica del mundo en general y de España y Europa en particular. Sin más modificaciones que pequeñas correcciones de puntuación y gramática, respetando tanto la integridad de los artículos como la manera desenfadada, cercana, irónica y descarnada en la que aparecieron en esa página web, *Diario del crash* da pruebas de la precisión de los análisis y la exactitud de las previsiones que, sin miedo a decir la verdad, escribiendo desde el día a día y sin red alguna de protección, ha ido publicando su autor. Y con un grado de acierto, y una capacidad de anticipación, que quedan reflejados aquí, en una selección representativa del tono y de los argumentos.

Destacan los artículos premonitorios de los años 2005-2007, en donde el lector podrá comprobar con qué antelación y claridad de visión avisó el autor de lo que en su opinión se estaba fraguando. Y muchos de los escritos entre 2008 y 2011, que analizaban en directo las causas del crash, la dimensión postglobal y sistémica de la crisis, su forma de estallar gradual y desigualmente repartida por el mundo, el tipo de medidas que atropelladamente tomaban los gobiernos tratando de paliar el desastre, y su fracaso. Si

todas estas fases han sido analizadas de forma sistemática por el autor en *El crash del 2010* y *Más allá del crash* (publicados ambos volúmenes por Los libros del lince, en marzo de 2009 y noviembre de 2011, respectivamente), aquí son vistas sin la distancia que proporciona el tiempo, desde la inmediatez del dato, de la noticia; pero también desde la distancia proporcionada por la capacidad intelectual de su autor.

Hemos querido que la selección tuviese una representación especialmente abundante de dos clases de artículos: a) los que tratan de los aspectos españoles de la crisis, y analizan los graves problemas que están en la base de esa peor reacción de nuestro país ante el crash global, dado que en los dos libros anteriores del autor no eran tratados más que colateralmente; y b) los artículos escritos a partir de la aparición del segundo de esos libros, pues las respuestas a los nuevos avances de la crisis, a los intentos de respuestas, al hundimiento de las economías menos preparadas, han significado nueva materia prima a partir de la cual articular renovados análisis y, sobre todo, para de nuevo, anticipar lo que nos espera.

El conjunto es un documento tan excepcional como la época en la que fue escrito, y seguirá escribiéndose.

Los libros del lince

*A Lourdes y a Pol;
de nuevo*

NOTA PREVIA DE SANTIAGO NIÑO-BECERRA

En honor a la verdad la idea de este libro no fue mía: sobre ella me habló mi esposa Lourdes, me la sugirió mi editor: el Sr. Enrique Murillo. «Llevas escribiendo en La Carta de la Bolsa desde el año 2005. ¿Por qué no haces una selección de lo que consideres más significativo? Sería como una crónica; como un diario de este periodo de crisis.» A partir de ahí lo que quedó claro fue cuál iba a ser el título en caso de que el libro viese la luz. Lo pensé, lo pensamos, y el proyecto se puso en marcha. El Sr. Moisés Romero, el padre de La Carta, estuvo de acuerdo desde el principio.

Como en situaciones semejantes traslado mis agradecimientos a todas aquellas personas que, directa o indirectamente, hayan hecho posible que esta obra exista, y, en este caso y de forma especial a lacartadelabolsa.com, ya que sin ella ésta hubiese sido imposible, al menos en su forma actual. Y como de momento una web no tiene entidad para expresar sus pareceres, en su nombre lo hace su creador:

Si hay una persona que no deja indiferente a nadie ése es Santiago Niño-Becerra. Muy seguido y aplaudido, por unos, y muy criticado, por otros, Santiago Niño es metódico, riguroso y transparente, algo de lo que tanto adolece el Mundo Global en el que estamos inmersos. Observador agudo de la realidad, y lejos siempre de cualquier tentativa manipuladora, Santiago Niño advirtió con años de antelación en La Carta de la Bolsa la Gran Crisis Endémica que sacude al Mundo.

En los nueve años de vida de La Carta de la Bolsa nunca ha faltado a su cita diaria. Ha logrado reunir a un número muy importante de lectores, que crecen cada día y, lo que es más importante, Santiago Niño ha conseguido un nivel de fideliza-

ción muy alto entre sus lectores, que es lo que consagra a los líderes.

Elbert Hubbard dijo en una ocasión que «para evitar la crítica, no hagas nada, no digas nada, no seas nada». Santiago Niño-Becerra hace justamente lo contrario.

(Moisés Romero)

Índice

Portada

Créditos

Nota editorial

Dedicatoria

Nota previa de Santiago Niño-Becerra

Cita

Prefacio

EL DIARIO

1. Los primeros indicios. Pese a las apariencias, «el mundo no va bien» (2005-2006)

2. Fase de precrisis (2007-2009)

3. Comienza el crash: una crisis sistémica y postglobal (2010-2011)

4. ¿Cuánto durará, cuánto afectará nuestras vidas, dónde estaremos cuando salgamos? (2012-2013)

Postfacio

Cronología 1929-2013

Auckland (Reuters, 1966)

En el día de ayer falleció una tortuga que el capitán Cook, el explorador, le regaló al rey de Tonga en 1777. Tenía casi doscientos años de edad. El animal, cuyo nombre era Tu'Imalila, falleció en los terrenos del palacio real situado en Nuku (Alofa), la capital de Tonga. Para el pueblo de Tonga, esta tortuga era considerada tan importante como un jefe tribal, y se decidió que estuviera al cuidado de unos vigilantes especialmente asignados a ella. Un incendio del bosque la dejó ciega hace unos cuantos años. La radio de Tonga informó de que su cadáver sería enviado al Museo de Auckland (Nueva Zelanda).

PHILIP K. DICK,
Do Androids Dream of Electric Sheep?, 1968

PREFACIO

*Pay my respects to grace and virtue
Send my condolences to good
Give my regards to soul and romance,
They always did the best they could
And so long to devotion
You taught me everything I know
Wave goodbye
Wish me well
You've gotta let me go.*

THE KILLERS, «Human»,
del álbum *Day & Age*, 2008

Keynes —Lord John Maynard Keynes— fue un genio. Total, absoluto, definitivo, pero, ¿saben por qué? Pues porque vio en qué tenía que consistir, cómo tenía que ser, el nuevo modelo que tenía que sustituir al que se había agotado con la Depresión. Sólo eso, nada más.

El modelo económico y social que se había puesto en marcha tras la crisis de 1875 había estado funcionando francamente bien porque había propiciado el desarrollo de la II Revolución Industrial en un entorno crecientemente internacionalizado (globalizado se hubiese dicho en los 1980s). Además la productividad aumentó, lo que permitió que los salarios aumentaran —poco— y que las jornadas de trabajo se redujeran —paulatinamente—: la gran burguesía comprendió (las corporaciones se diría en los 2000s) que había que pagar un poco más a la gente para que consumiese lo que fabricaba y darles un poco de tiempo libre pa-

ra que pudieran consumirlo. (Claro que primero tuvo que acontecer en Manchester la masacre de Peterloo; en Tolpuddle caer unos cuantos mártires; en París formarse la Commune; y en Chicago generarse la masacre de Haymarket; pero ésas son cosas que pasan: lo que hoy se conoce como «efectos colaterales».)

Lo cierto es que el modelo vigente entre 1875 y 1929 funcionó bien porque se creció de forma tendencialmente continua aunque se produjera algún episodio problemático, como el Pánico de 1910, pero eran hechos bastante puntuales y resolubles. Lo que marcó un punto de inflexión fue la I Guerra Mundial.

Tras la crisis de postguerra, y a partir de 1923, la productividad se disparó, literalmente; a la vez, la ingeniería financiera había evolucionado bastante y posibilitado cosas antes no posibles. La suma de ambos hechos creó un caldo de cultivo propicio para los Felices Veinte, un boom muy sesgado, pero un boom al fin y al cabo, en el que no faltó ninguno de los ingredientes que hoy son tan bien conocidos: especulación bursátil, capacidades de endeudamiento fuera de control, burbujas inmobiliarias en diversos lugares, manipulación de los precios de las commodities... Estuvo bien para aquellos a quienes les fue bien, a otros les fue bastante bien porque pudieron subirse al carro del boom, y a otros más les benefició, aunque fuese lateralmente. Fue la alegría movida a ritmo de charleston.

Mientras al tren no le faltó madera, la economía mundial tiró (con diferencias sociales que hoy horrorizarían al más insensible, pero eran otros tiempos); el problema llegó cuando la madera se acabó. ¿Por qué?, pues porque aquel modelo era muy bueno para acumular y para moverse en unos parámetros de gasto muy medido, pero no para afrontar aumentos espectaculares de producción y de apalancamiento como los que se produjeron. Claro, la pregunta: ¿y por qué se produjeron? Pues porque al llegar los

1920s el modelo ya estaba agotado y los Felices Veinte fue «el método» lógico para dar solución a tal agotamiento.

«Bien —dirán ustedes—, la idea no es mala: estimulemos aunque sea artificialmente para que después la cosa arranque.» Ya, el problema estriba en que en aquellos años nadie buscaba utilizar la mayor cantidad de recursos que fuese posible, ni, tampoco, el pleno empleo de todos los factores productivos. En aquellos años se creía que las recesiones son buenas porque limpian ineficiencias y que la Mano Invisible volvería a guiar la actividad económica hacia el equilibrio y la virtud, y que quienes cayeran por el camino era porque no habían hecho lo correcto y porque Dios así lo había querido. La supergenialidad de Keynes consistió en aportar un enfoque radicalmente diferente.

Lo que dijo Keynes es de una lógica aplastante, pero suponía un encontronazo frontal con cómo las cosas se estaban haciendo entonces: con lo que decía el ya agotado modelo. Dijo el profesor de Cambridge: cierto, de esta crisis puede salirse como de tantas otras se ha salido, pero es muy posible que se salga adoptando la forma de un estancamiento permanente: en la parte de abajo, en el fondo, utilizando los recursos de que se dispone aún menos que ahora, lo que imposibilitará la vuelta al uso de la capacidad productiva disponible. Es decir, si no se hacen las cosas de otra manera se alcanzará una posición de equilibrio, sí, pero en una permanente posición de subempleo. Idea que Joan Violet Robinson expresó magistralmente en su obra *Essays on the Theory of Employment*, de 1937:

Si no existiese ningún sistema regular de subsidios de paro —o de ayuda a los pobres que sea preferible al suicidio—, un hombre que se quede sin trabajo debe ganarse la vida como sea. [...] Por lo tanto, salvo en condiciones peculiares, una caída de la demanda efectiva que reduce, a su vez, la oferta de empleo en las industrias establecidas, no conducirá al desempleo en el sentido de la inactividad total, sino que obliga-

rá a los desempleados a llevar a cabo diversas actividades: vender cerillas en el Strand, cortar leña en el bosque, cultivar patatas en sus huertos particulares [...], es natural calificar estos empleos inferiores como el desempleo encubierto.

Lo que el keynesianismo estaba haciendo era sentar las bases del nuevo modelo: del modelo que tenía que sustituir al que se agotó en la Depresión. Había que movilizar todos los recursos productivos, involucrar al Estado en la economía, lograr el pleno empleo de todos los factores productivos. ¿Para qué?, para crear una demanda que tirara de la oferta y que la hiciese aumentar y que impulsase el PIB; es decir, para que la economía creciese: madera a tope para el tren, mucha madera, muchísima más que antes; cantidades inimaginables de madera.

Ese nuevo modelo es el que ha sido el nuestro, el que con variaciones y ajustes ha llegado hasta nuestros días; claro, claro, los finales 90 fueron bastante diferentes a los mediados 80 o a los primeros 70, pero la idea: el «ir-a-más», siempre fue el leitmotiv de todo, de todos. Hasta que en el verano del 2007 la cosa ya no dio más de sí. La razón estuvo en cómo se financió ese fantástico proceso que caracterizó el crecimiento del que hemos disfrutado.

Lord Keynes, como decíamos, fue un genio que construyó un modelo orientado a superar las limitaciones del anterior (del que colapsó en la Depresión), pero Keynes supuso algo que no se cumplió: que la raza humana no iba a ser tan estúpida como para crear más oferta monetaria de la que el modelo necesitase en cada momento; pero la raza humana sí fue así de estúpida. Y, con el tiempo, el resultado ha acabado siendo una masa de bits de ordenador con muy variadas formas y con diversos nombres, a los que el modelo ha tenido que canalizar; ¿cómo?, en forma de deuda, también de variadas formas, aplicándola al crecimiento. Es decir, lo que se ha estado haciendo es crecer cada vez

más, financiando ese cada vez mayor crecimiento con una cada vez *más mayor* deuda.

En verano del 2007, y de forma progresiva, empezaron a colapsar diversas capacidades de endeudamiento de diversos entes y de diversas maneras: entidades financieras cargadas de activos megasobrevalorados, capacidades productivas sobredimensionadas para la demanda real existente, compromisos de deuda impagables por parte de empresas, familias y gobiernos...

La reacción fue la lógica en base a cómo se había estado funcionando, pero totalmente ilógica en base a la realidad: se pusieron en marcha unos planes de rescate-estímulo-ayuda en muchos países a fin de... ¡Lo han adivinado!: reactivar la economía; y evidentemente no funcionaron porque no se puede apagar un fuego echando a las llamas gasolina, ni se puede mantener un permanente estado de euforia a base de anfetaminas. La reacción fue igual de absurda: en mayo del 2010 Europa decreta iniciar la limpieza de su basura y el recorte de ineficiencias, mientras USA continúa emitiendo papeles que el resto del mundo compra, y Japón inyectando fondos en forma de una deuda que mayoritariamente era comprada por sus ciudadanos. Y así hasta hoy.

¿Dónde estamos hoy? Hoy estamos en un lugar bastante oscuro en un momento indeterminado que media entre el crash de ayer y algo que se ha dado en llamar «la salida», que tiene que suceder mañana. Mañana: la salida de esta crisis. Y, ¿cómo puede ser esa salida y hacia dónde nos puede llevar?

Es imposible que se produzca utilizando las herramientas que se han estado utilizando en el pasado, porque han sido esas herramientas las que, al agotarse, nos condujeron a esta crisis tras producirse el crash; y también lo es que desemboquemos en un entorno como el vivido en el pasado porque a ese entorno se llegó tras suponer cosas que hoy ya sabemos que no son ciertas, como la superabun-